Cita en el aire

FASCÍCULO NOVENO

Severiano Gil

CAPÍTULO VEINTIDÓS

SOBRE XÁUEN, MARRUECOS ESPAÑOL

Siguiendo su rumbo, en cinco minutos estaría sobre la frontera; hasta entonces no podría estar seguro.

Howard no dejaba de mirar hacia atrás, hacia arriba y a los lados; no quería que uno de aquellos endemoniados FIAT, Messerschmitt o Heinkel apareciera de improviso y le ametrallara. El sol, todavía algo bajo por el Este, le molestaba pero, afortunadamente, de venir algún caza español a interceptarle lo haría desde el Noroeste, desde Tetuán.

El manto de nubes, brillantemente blanqueadas por el sol, le favorecía para identificar cualquier punto oscuro que volara más bajo que él; y, si venían más altos, la temperatura era lo suficientemente baja como para que los chorros de condensación de los escapes los delatara. Sólo podían venirle, pues, por la cola y algo a la derecha, en la posición horaria de las cinco; y este convencimiento le tranquilizó, aunque, al pensar en lo visible que debía de ser el biplano, con aquellas grandes alas pintadas a cuadros amarillos y negros...

Hizo un nuevo cálculo y estuvo conforme con su estima; en poco más de dos horas estaría en Béchar, en casa.

SOBRE EL RIF ORIENTAL
MARRUECOS ESPAÑOL

La pista de hierba estaba tan enlodada, que tuvo que usar el corto pavimento de losas de cemento dispuesto para los despegues de emergencia. Curiosamente, Entrena Klett, el teniente que afirmaba haber derribado al avión norteamericano hacía cuatro años, se había encontrado con el mismo problema, según lo que contaban los antiguos del lugar, e, imitándole, pisó los frenos a fondo y dio gas a tope hasta que, sin moverse un milímetro, el He-112B alzó la cola del suelo, bramando y pugnando por salir disparado, hasta que, con sólo soltar los frenos, el avión saltó hacia adelante, como un caballo de carreras repentinamente liberado en la salida.

Apenas tomó suficiente altura, Martínez se vio iluminado por el sol, mientras que espesos bancos de nubes cubrían la tierra.

Le había calculado al aparato francés una velocidad entre 250 y 280 k/h y, partiendo de Tetuán, trazó una línea imaginaria que simbolizaba el rumbo del otro avión. Mientras dejaba que el indomable Heinkel trepara hasta los 4.000 metros, hizo un somero cálculo del rumbo que llevaba y de los 510 k/h de velocidad máxima que su caza sería capaz de desarrollar, cuando alcanzara la altura ideal. Dibujó la segunda línea sobre el mapa que llevaba prendido en la tablilla sujeta al muslo derecho, y calculó que la interceptación se produciría un poco al Oeste del *yebel* Teirara, cincuenta kilómetros por detrás de la frontera.

Pero no le importó; el ataque sería rápido, y su regreso más rápido aún, y oculto por las nubes, lo que impediría su identificación por parte de cualquier observador en el suelo.

Se alegró de llevar el sol a la espalda, y se sintió plenamente realizado al estar cumpliendo aquella tarea que, al margen de las podridas autoridades, ayudaría a limpiar el Protectorado de seres indeseables.

BEN CARRICH, AL SUR DE TETUÁN

Por caminos carreteros, Bachir había llevado al Studebaker a toda marcha en dirección Sur hasta que, arrastrando una gran polvareda, alcanzó la carretera general mucho más abajo de donde podrían estar establecidos los controles de la policía.

A diez kilómetros de distancia de la capital, y pisando a fondo el pedal del acelerador, podía empezar a respirar tranquilo. Había vuelto a llamar al aeródromo para preguntar si había llegado el correo argelino, y así supo que Howard había conseguido escapar. Ahora, tan sólo, había que buscar la manera de liberar a Remigio, y eso ya se vería más tarde.

SOBRE TAZA, MARRUECOS FRANCÉS

A 5.000 metros de altura, Martínez retrasó el mando de gases del motor *Jumo* de 680 caballos, y comenzó a orbitar sin dejar de vigilar hacia abajo. Se había podido situar convenientemente al ver, a través de algunos huecos entre las nubes, la inconfundible ciudad de Fez.

Exploró el espacio alrededor, pero no veía ninguna otra aeronave, por lo que mantuvo al Heinkel efectuando círculos cada vez más amplios, y empezó a sentir el desánimo de haber perdido a su presa.

A no ser...

AL SUR DE LOS MONTES DEL RIF

Howard mantenía su velocidad de 210 k/h, y, descendiendo un poco, pudo constatar cómo el primer frente borrascoso se alejaba hacia el Oeste, pasado Meknés, en tanto que una segunda masa nubosa se agolpaba sobre las crestas de los montes situados al Norte de Taza y las primeras sierras del Atlas Medio: las blancas cumbres del *yebel* bu-Iblán, cuyos picos más altos alcanzaban los 3.400 metros.

Como medida preventiva, manipuló el mando de gases para que el biplano ascendiera un tanto más hasta superar esa altitud.

Tenía sed, pero el agua se había acabado, por lo que se metió en la boca un trozo de goma de mascar, entreteniéndose con ella mientras el redoble del motor Wright lo llenaba todo.

SOBRE EL *YEBEL* TEIRARA, MARRUECOS FRANCÉS

¡Ahí estaba!

Martínez había supuesto bien; no eran 250 k/h, sino mucho menos la velocidad a la que volaba el contrabandista; por eso había errado el cálculo y alcanzado al punto de encuentro con demasiada antelación.

Decorado llamativamente a base de cuadros negros y amarillos, el biplano francés se destacaba sobre las nubes blancas como una mariposa multicolor posada en un

glaciar. Estaba unos mil metros más bajo que él y con todo el sol de frente, lo que impedía a su piloto poder verle.

Rafael Martínez sintió el tirón de la adrenalina en cada uno de sus músculos; el corazón comenzó a latirle más deprisa y tuvo que realizar dos o tres inspiraciones profundas. Luego, empujó la palanca con fuerza e inclinó las alas para colocarse detrás y por encima del otro avión, que continuaba su curso como si tal cosa.

El piloto español mantuvo toda su maniobra entre el aparato francés y el astro rey y, cuando el otro avión pasó frente a su motor, ajeno a todo, Rafael tiró de las palancas de armado y giró para ponerse totalmente a espaldas del biplano.

Los cuadros amarillos y negros que adornaban el ala superior y la cola parecieron aumentar de tamaño; el fuselaje color plata brilló con intensidad a medida que el sol se reflejaba en él con distinta incidencia, y Martínez pudo ver al piloto, solitario en su cabina descubierta y moviendo la cabeza en todos los sentidos, seguramente procurando descubrir a cualquier avión español que pudiera perseguirle.

Ya era tarde.

Dejó que el Heinkel se acercara, colocando el colimador justo en la parte central del ala enorme del francés. Para evitar un error de puntería, se fue acercando hasta menos de cuatrocientos metros..., trescientos cincuenta..., trescientos metros... Redujo gases un poco más y pedaleó ligeramente el timón para compensar un poco de viento lateral. Por un momento, la cabeza del piloto contrabandista se halló justo en el centro del visor de puntería, y Martínez elevó un poco la nariz para evitarla.

Doscientos cincuenta metros..., doscientos; un poco más y..., ciento cincuenta metros.

Apretó el disparador y el caza se agitó mientras las trazadoras volaban al encuentro del biplano.

SOBRE EL *YEBEL* TEIRARA, MARRUECOS FRANCÉS

Howard se llevó un susto de muerte. Oyó, con una especie de maligna separación, los aullidos de los proyectiles y los taponazos de las armas que los disparaban.

Sobresaltado, y sintiendo cómo la urgencia tiraba de los reflejos de su mente, pisó a fondo el pedal del timón y ladeó bruscamente la barra hacia la izquierda, ayudándose del par motor para obligar al *Mehari* a ponerse de costado y caer a plomo los treinta metros que le hurtaron a los siguientes disparos de la ráfaga. Aunque el pesado aparato se mostró muy duro de maniobrar, por el rabillo del ojo vio caer un par de trazadoras por la cola, y se dijo que el otro, fuese quien fuese, había empezado a disparar demasiado pronto.

Sin poder dar crédito a lo que estaba pasando, su mano salió disparada hacia la válvula de purga de la gasolina, abriéndola y comenzando a manar combustible del tanque situado en el interior de ala superior.

El otro avión pasó, raudo y borroso, por su derecha y arriba, incapaz de seguir el brusco giro del biplano, y Howard, nivelando el vuelo con la nariz apuntando al Norte, emprendió un nuevo giro hacia el Este a la vez que picaba bruscamente, reduciendo muy poco el gas, hacia las nubes situadas mil metros más abajo.

El motor Wright aullaba mientras el *Mehari* picaba hacia el suelo, y el anemómetro fue subiendo en su escala hasta tocar la cifra de 330 k/h; el variómetro daba vueltas, alocado y, en cambio, el contador del tanque de gasolina de contrabando marcaba

angustiosamente un mísero descenso; aún llevaba más de 3.000 litros de gasolina en el ala, sin contar la propia del avión, que también empezó a tirar.

Recuperó un poco el picado y miró hacia atrás, y allí estaba de nuevo, acercándose, con su extraño perfil alar de doble diedro, tremendamente rápido y letal. Descendiendo un tanto para conservar la velocidad, aguardó a que el otro abriera fuego de nuevo.

Esta vez, el español esperó un poco más; había bajado los flaps para reducir su velocidad, y no habría cien metros entre ambos cuando Howard vio los fogonazos salpicar el morro del caza español y, a pesar de lo tozudo que estaba resultando el *Mehari* para la acrobacia, inició un tonel rápido que le desviara de la trayectoria de las balas, le hiciera descender y, a la vez, le frenara lo suficiente para que el español pasara de largo de nuevo. Pero, esta vez, junto con el sonido de las detonaciones, oyó el ruido del revestimiento de lona y madera al ser perforado.

Antes de salir del tonel, aprovechó la postura inclinada a la izquierda para meter todo el timón hacia ese lado y girar lo más lejos posible del otro aparato, que pasó aullando y disparando a pesar de que las balas volaban muy distanciadas del *Mehari*: estaba malgastando munición, era un novato.

Lo pudo ver a placer mientras le mostraba la panza y su planta alar elíptica: un Heinkel.

Pero en *Sania Rámel* no había más que *Messer*, ¿de dónde había salido entonces?

Con el morro apuntando de nuevo al Sur, picó más bruscamente que antes y, buscando la nube más próxima, se dirigió hacia ella.

AL SUR DEL *YEBEL* TEIRARA

Había apuntado mal la primera ráfaga; la envergadura del avión francés era mucho mayor de los nueve metros que le había calculado y, en consecuencia, lo que el creía cien metros de distancia eran muchos más; las balas cayeron detrás de su cola en una grácil e inútil parábola. Pero estaba seguro de haberle alcanzado en el segundo envite; a pesar de que el otro había resistido sin inmutarse los contundentes impactos de 7,92 mm.

Lamentó no llevar munición para los dos cañones de 20 mm. de las alas, pero así eran las cosas; y aquel aeroplano debía de estar construido a conciencia, por lo que se dispuso a largarle otra andanada que le desarmase el armazón o le hiciese arder.

Había otra forma de derribarlo, Rafael lo sabía; pero, sin que nada le respondiera a la incógnita, el teniente español no quiso considerar el acabar con la vida del piloto.

Después de recoger los flaps y poner el morro hacia el otro, había descubierto su intención de meterse en el interior de una nube, pero, al consultar su anemómetro, vio que estaba picando a 490 k/h, y supo que conseguiría darle alcance.

Volvió a reducir gas, bajar los flaps y centrar la puntería a poco más de 300 k/h, apurando la distancia lo máximo posible.

Desde ciento cincuenta metros *reales* de distancia, volvió a disparar. Los fogonazos se marcaban claramente sobre el capó afilado del Heinkel, y las dos máquinas MG 17 parecían dragones que vomitaran fuego, a través del cual pudo ver al avión contrabandista sacudirse como si un millar de dardos lo atravesasen.

Luego, en medio de la larga ráfaga, el biplano desapareció en la masa nubosa que ocultaba la tierra.

AL OESTE DE TAZA, MARRUECOS FRANCÉS

Ahora sí que le había alcanzado. Al ser engullido por el vapor gris del cúmulo, Howard sintió que alguno de los sistemas de vuelo estaba tocado, a la vez que el motor tartamudeaba; descubrió también que el tanque situado en el ala superior había resultado alcanzado pero, por fortuna, no ardía, y la gasolina salía a chorros por los agujeros, ayudando así a desprenderse de la molesta y peligrosa carga inflamable. No obstante, todavía señalaba el indicador más de un tercio de la capacidad del depósito: unos mil quinientos litros.

Arropado por la seguridad del interior de la nube, Howard comenzó a pensar, mientras recuperaba el picado y estabilizaba al *Mehari.* Lógicamente, debía mantener rumbo al Sur, adentrándose todo lo posible en territorio francés; pero, después de comprobar que el caza español le había atacado cruzados ya los límites entre ambos Protectorados, podía deducir que a su enemigo le importaban un bledo las fronteras. Tenía que hacer, pues, lo posible por despistarlo, dado que su avión, aunque más maniobrero, no era rival para el caza que el español pilotaba.

El motor había dejado de girar en forma irregular y parecía haberse recuperado del mal que le aquejaba hacía unos instantes; le quedaba poca gasolina en el tanque superior y, a pesar de que temía más ahora que un impacto acertara en el depósito, vacío de líquido pero lleno con los gases altamente inflamables, el peso del que se había liberado le añadían unos treinta kilómetros por hora más de velocidad punta, los cuales pensaba aprovechar al máximo mientras se decidía a salir de las nubes por donde el otro menos lo esperara.

AL OESTE DE TAZA, MARRUECOS FRANCÉS

¿Por dónde saldría?

Martínez volaba a ciegas al haber descendido también hasta sumergir su avión en las nubes que todo lo anegaban. Estaba tranquilo porque sabía que estaba volando sobre los llanos que separan los montes del Rif del Atlas Medio y, por tanto, todo el aire estaba libre hasta el suelo y no había sierras que pudieran aparecer de improviso.

¿Qué haría el piloto francés?

Salir hacia el Sur, por supuesto; internarse cada vez más en la zona francesa. A no ser que... Si Rafael estuviera en el lugar del contrabandista, se desviaría hacia el Norte o, mejor, hacia el Nordeste, hacia territorio español; descendería para volar pegado al suelo y trataría de escapar oculto por el relieve.

Martínez, que había descorrido hacia atrás la sección móvil de la carlinga, sintió en su cara el frío húmedo de la nube, y, después de pensar durante un segundo más, se decidió del todo. Dio gas a tope y, tomando altura, salió de la capa nubosa y se dirigió al Nordeste.

SOBRE EL *YEBEL* TASSEKA, MARRUECOS FRANCÉS

Howard vio el terreno subir hacia él en cuanto las nubes se abrieron frente al morro del *Mehari,* que aullaba a los 330 k/h inducidos por el picado. Inmediatamente, pudo situarse al ver la ciudad de Taza unos kilómetros al Este; a su derecha y muy cercana,

las sierras del *yebel* Tasseka y, más al Sur, las cumbres nevadas del monstruoso *yebel* Bu-Iblán. Elevó la nariz del biplano y dejó que el altímetro descendiera todavía más, hasta quedar a unos quinientos metros del suelo.

A pesar de la gasolina que había tirado, el biplano se mostraba todavía torpe y lento; aunque no quería comprobar si algo vital había sido tocado por los duros proyectiles de núcleo de tungsteno, por temor a forzar los componentes afectados; de momento, tenía mando en elevación y alabeo, y el timón de dirección respondía bien. Le quedaba gasolina suficiente para poder permitirse dar un buen rodeo y, ya que estaba seguro de haber despistado al caza español, recordó experiencias vividas durante la guerra y se decidió a aplicar las enseñanzas extraídas de dos años de lucha aérea.

El otro le estaría buscando, seguramente, al Sur de la masa nubosa situada al Oeste de Taza, por lo que Howard quiso poner tierra —y aire— de por medio desplazándose hacia el Este. Consultó el plano sujeto a su rodilla derecha y se dijo que rodearía Taza, viraría al Sur sobre Réyem Sasa y seguiría, siempre volando bajo, el curso del río Muluya, pero bien pegado a su derecha, a las sierras del *yebel* Bu-Naser que, con sus 3.340 metros, serían un buen escudo para ocultarle a su perseguidor. Luego, antes de alcanzar las alturas del gran *yebel* Aiachi, de más de 3.700 metros, salvaría al Alto Atlas por los pasos de Talremt, ya a sólo doscientos kilómetros de Béchar: una hora a velocidad de crucero.

Dejó que el *Mehari* acelerara, poniendo toda la potencia del motor, y mantuvo la altitud de 650 metros sobre el nivel del mar que le situaban a sólo cien de altura sobre el terreno que sobrevolaba. La aguja del anemómetro se clavó en 240 k/h, y el collado de Bab Marsuka pasó por su derecha tanto más rápido por cuanto la distancia de las ruedas al suelo era más bien escasa.

A pesar de saberse casi a salvo, no dejaba de mirar en todas direcciones en busca de su agresor.

AL NORTE DE TAZA

A 800 metros por encima del terreno, Martínez vio salir al otro de la nube e iniciar su escape hacia el Este, muy pegado al terreno. Había acertado en sus previsiones y, ahora, sólo le quedaba dejarse caer y fustigarle con sus armas hasta que se aviniera a rendirse y regresar a territorio español, o bien ser derribado.

El teniente, sin poder evitar sonreír, redujo gases, hundió el morro casi a tope y, apenas doce segundos después, alcanzaba la velocidad de 520 k/h. Con el colimador puesto sobre la pequeñísima figura del avión francés de chillones colores, el Heinkel descendió como un ave de presa al encuentro del gran biplano.

Por segunda vez, el piloto francés le descubrió; Rafael le vio girar la cabeza y, al instante, iniciar una maniobra evasiva.

El lento avión contrabandista se movía de una forma inverosímil para tratarse de un aparato de aquellas dimensiones; pero era un biplano, casi el doble de maniobrero que su rápido caza, y la lentitud a la que se movía obraba en su favor al hacerle imposible al español mantener el tiempo suficiente la mira sobre el otro, pero Martínez lo remedió poniendo los flaps de nuevo y abriendo fuego a más de trescientos metros de distancia, manteniendo el dedo en el disparador hasta que el avión francés le pareció inmenso, monstruoso, ante la nariz de su caza.

En el último momento, tiró de la palanca y soltó el gatillo para pasar sobre él, rascándolo; aquel tercer ataque tenía que ser mortal de necesidad, y el piloto español se revolvió en su asiento para comprobar el resultado.

AL NORTE DE TAZA

Ahora sí.

Howard sintió cómo el *Mehari* se desmoronaba bajo la andanada demoledora de los cientos de proyectiles calibre *.30*, algunos de los cuales destrozaron partes metálicas vitales. El motor chilló, la estructura entera tembló, y una enorme deflagración tuvo lugar frente al parabrisas.

El calor le llegó antes incluso que la conciencia plena de que el avión estaba ardiendo.

¡Fuego!

El depósito principal, situado tras el motor, estaba en llamas; llamas que lamían los lados de la cabina y crecían en tamaño a la vez que el viento del vuelo las impulsaba hacia atrás.

Miró hacia arriba: el tanque del ala también estaba ardiendo, convertida la gasolina que escapaba en lenguas ardientes y, cosa más que probable, amenazando con hacer explosión en cualquier momento.

Tenía que abandonar el avión.

Con el motor rateando, viró a su izquierda, hacia el Norte, buscando el declive del terreno que le permitiría poner el morro hacia abajo y mantener la velocidad.

Fue al intentar zafarse del cinturón cuando notó que había sido herido; sangraba por el brazo derecho, y sentía un dolor tremendo que le unía la mano al hombro por medio del sufrimiento. Consiguió soltar la hebilla y se agarró al borde del parabrisas, pero las llamas le rozaron los guantes y el piloto gritó de dolor.

El *Mehari*, olvidados los controles momentáneamente, puso el morro algo arriba, ladeándose, e inició lo que en un principio Howard temió fuera una barrena, pero que acabó disolviéndose en un tonel descendente que aumentaba a cada vuelta su velocidad de giro; trató de sacarlo de aquel torbellino, pero no tenía fuerzas en el brazo derecho; el motor tosía, cada vez más repetidamente, y Howard perdió el equilibrio al no saber si se hallaba cabeza arriba o abajo.

Todo daba vueltas; cielo y tierra giraban como un tiovivo acelerado, y la vista comenzó a nublársele a causa del dolor o la hemorragia; tenía que hacer un esfuerzo y saltar; el suelo no debía de estar demasiado lejos...

No podía.

Las fuerzas *G* le pegaban contra el asiento mientras que todo vibraba y rugía el viento a su alrededor; quería moverse, pero le faltaban las fuerzas. Aunque, por un capricho de la suerte, el tremendamente estable *Mehari* modificó su postura de vuelo; se quejó ante el esfuerzo estructural y dejó de girar sobre su eje longitudinal para mantenerse, precariamente, con el ala derecha apuntando casi vertical al suelo que pasaba a menos de cien metros.

Howard inspiró profundamente un par de veces y comprobó que el aparato, destrozados sus alerones y a falta de dos riostras y un montante interplano, se estaba desintegrando; pero la fuerza inmisericorde que le pegaba al asiento había disminuido con la aceleración.

Al conseguir izarse sobre el borde de la cabina, notó el calor del fuego en la cara; luego, con una rara postura de su pierna izquierda, colocó el tacón de la bota sobre el asiento para tratar de impulsarse fuera, desesperadamente, haciendo fuerzas hasta que, por la misma inclinación del aparato, su propio peso le arrastró al vacío.

AL NORTE DE TAZA

Rafael Martínez vio arder al avión; estuvo girando sin control, cayendo y, a veces, parecía querer estabilizarse; pero estaba más que claro que sus disparos le habían herido de muerte.

Girando en círculos y descendiendo también, el piloto español asistió a la agonía del extranjero mientras éste se debatía en el interior de la carlinga, amenazado por las llamas y la inminente explosión de los depósitos; y Martínez se alegró cuando vio salir dando vueltas el cuerpo del otro, que siguió cayendo y girando como una peonza tras el biplano abandonado. Fascinado por el destino incierto de su víctima, Rafael hizo descender al Heinkel para situarse a unos cien metros del suelo, hasta que, con alivio, vio cómo se abría la seda blanca que, formando una semiesfera perfecta, descendió paulatinamente hacia tierra.

Se había salvado.

Y él, Rafael Martínez, teniente piloto del Ejército del Aire español, había cumplido con su deber; había emulado al héroe del Grupo y había impuesto la ley en el espacio aéreo nacional.

Estaba exultante y feliz, y se sentía magnánimo en extremo; ya tenía algo para contar. Relataría a todos la caza del escurridizo contrabandista y cómo, al derribarlo, hacía sobre él una pasada victoriosa para mostrar sus escarapelas al vencido: el gesto del éxito entre jinetes del aire.

Inclinó el morro y apuntó hacia el piloto que, ya en tierra, se desembarazaba de su paracaídas.

AL NORTE DE TAZA

El descenso, en el silencio y el frescor del aire, le aclararon la mente y, por último, el golpe en los pies arrancó un quejido de su cuerpo maltrecho. Había llegado al suelo antes que el *Mehari* que, sorpresivamente, todavía volaba en posición casi horizontal, balanceando ligeramente las alas, arrojando llamas y zumbando en tono agudo.

Howard se incorporó y, sin soltarse del todo los atalajes del paracaídas, mantuvo la vista fija en su biplano hasta que, con una fenomenal explosión, se convirtió en una bola de fuego anaranjada y rodeada de restos que cayeron a tierra lentamente, cada uno por su lado.

No podía describir la tristeza que sentía, sólo la superaba el dolor de su brazo derecho, aunque se estaba convirtiendo en una sensación lejana, como si diera más importancia a sufrir de antemano el dolor de Claire por su creación destruida.

Iba a continuar soltándose el cordaje del paracaídas, cuando el ruido de un motor atrajo su atención.

Venía hacia él; se agrandaba a cada segundo, con su raro diseño de ala de gaviota tan semejante al de los *Stuka*, volando con los flaps extendidos para reducir su velocidad y a no más de treinta metros de altitud.

Venía a rematarle.

Estaba seguro, aquel español sanguinario estaría haciendo puntería sobre él en aquel instante, con la evidente satisfacción de poder desintegrarle con su poderoso armamento.

Demasiado cansado y aturdido para echar a correr, y sin saber a ciencia cierta lo que hacía, su mano herida sacó el *357 Magnum* de la funda, lo amartilló y probó a levantarlo. El dolor pareció retorcerse dentro del brazo, y el dedo índice no pudo, flojo e inerte, introducirse siquiera en el guardamonte. Tuvo que sujetar el arma con la mano izquierda también, puso dos dedos en el gatillo y llevó el punto de mira sobre el arco plateado de la hélice que venía a su encuentro.

Esperando ver los fogonazos de las ametralladoras y sentir el dolor en su carne, apretó el disparador una, dos, tres veces...

Tuvo que gritar; el retroceso brutal del revólver terminó de dañar algo dentro de su antebrazo pero, aún gimiendo y saltándosele las lágrimas, que le dificultaban la puntería, giró sobre si mismo y siguió disparando sobre el Heinkel que pasaba sobre él, hasta agotar los seis cartuchos del tambor. Luego, con la vista perdida y las náuseas que le revolvían el estómago, se dejó caer de rodillas, boqueando.

CERCA DE BENI LENT, AL NORTE DE TAZA

No era humo de escape, era un humo denso y negro lo que escapaba del motor, hasta que, con un estallido sordo, el glicol del sistema de refrigeración se inflamó y le llenó la cabina de un humo blanco, acre y ardiente.

Aquel cabrón de francés le había alcanzado, le había disparado con una pistola y había sido capaz de perforar algún tubo conductor, o el mismo refrigerador situado bajo el cono de la hélice.

La temperatura subió casi instantáneamente, y el chirrido del motor *Jumo GA* anunció su final, hasta que, con un último estertor, gripó.

El humo salía a borbotones de la carcasa y Martínez, aterrado al ver que caía sobre territorio extranjero, trató de controlar la toma de tierra inminente y, después de desconectar las magnetos, esperó agarrotado a que el avión golpeara contra el suelo. El encontronazo de la panza fue brusco y ruidoso, como un preludio atroz; todo vibró y Martínez llegó a perder la visión cuando el ala izquierda golpeó una roca y el He-112B giró como un trompo, continuando la marcha sobre el suelo en sentido casi transversal, destrozando piezas y dejándolas tras de sí como un reguero de chatarra.

Envuelto en el humo, el polvo y el ruido, Rafael no pudo evitar gritar de puro miedo cuando el ala derecha chocó contra un árbol y se quebró, enderezando el desplazamiento del caza, que acabó por hundir la nariz en una zanja, violentamente, antes de acabar su carrera.

JUNTO AL *UAD* HADAR, AL NORTE DE TAZA
MARRUECOS FRANCÉS

Se encontraron los dos.

El río estaba casi seco pero, situados cada uno en la orilla opuesta, se sintieron más seguros. Howard apenas si podía andar, y Martínez, dolorido y con una brecha en la frente que sangraba, se detuvo para mirarle cara a cara, sin cruzar una palabra.

Los diez metros de anchura del cauce era la distancia más corta a la que habían estado jamás, y fue suficiente. Howard sabía que el español lo tenía difícil si quería alcanzar la frontera, cuya línea discurría, muy lejos, sobre los cerros del Norte.

Martínez, por su parte, llegó a compadecerse del aspecto que presentaba el que él creía piloto francés.

El norteamericano se había detenido a descansar, viendo como el otro, en un alarde de tenacidad, descorría las cremalleras de su mono de vuelo, se despojaba de él y se lo echaba al hombro, para iniciar, después de una última mirada, su camino en dirección a la frontera.

Howard, en cambio, imaginando que alguien se acercaría por la cercana carretera hasta los restos del caza español, que ardía furiosamente no lejos de allí, se sentó en el suelo a la sombra de un algarrobo, a esperar.

EPÍLOGO

BASE AÉREA DE *TORREJÓN*, MADRID
MARZO DE 1977
TREINTA AÑOS DESPUÉS

El teniente coronel Rafael Martínez Peñal se detuvo frente a la puerta del despacho del oficial norteamericano, deseando acabar con rapidez aquel engorroso trámite burocrático que, por lo tedioso, parecía un reflejo fiel de en lo que se había convertido su vida desde que, separado del vuelo por un ligero problema cardíaco, nadaba a diario entre mares de tinta, lagos de papel y ríos de contactos telefónicos.

En un rótulo, el grado y el nombre le dijeron que aquella era la puerta donde debía llamar: *major Ernest B. Lawson*.

Golpeó con los nudillos y abrió la puerta.

—¿Se puede?, buenos días.

—Adelante.

El mayor norteamericano se puso en pie y señaló una butaca situada al otro lado de la mesa. Con una cordial sonrisa, estrechó la mano de Martínez y éste, como siempre que tenía que tratar con militares USA, se sorprendió de que el otro, a pesar de ostentar un grado inmediatamente inferior al suyo, apenas superara los veintiocho o treinta años.

Siempre le ocurría lo mismo y, al admirar la pechera llena con cintas de condecoraciones, se sentía extrañamente cohibido ante un joven capaz de haber alcanzado el grado equivalente al de comandante del Ejército español a costa de innumerables misiones de guerra en el sudeste asiático, cuando apenas era un crío de veinte años.

—Venía por lo del asunto de los *Phantom* —dijo, sin estar seguro todavía de que su interlocutor supiera expresarse correctamente en español—. Los paracaídas de frenado, ya sabe...

—¡Ah, sí! —asintió el joven mayor—. Eso ya está solucionado.

Martínez suspiró, aliviado por la noticia y, también, porque aquel extranjero era capaz de hablar su idioma y no tener así él que esforzarse con su balbuceante inglés.

Leyó de nuevo el nombre prendido sobre el bolsillo izquierdo de la camisa del otro: *E.B. Lawson*, y se prometió recordarlo, no en vano aquel *yankee* se había preocupado del asunto.

—Hemos tenido suerte; sus F-4C tendrán paracaídas nuevos —añadió Lawson, haciendo gala de su casi perfecto español, a la vez que un par de *erres* indiscretas denotaban que, también, al menos conocía el francés—. Si le parece, para abreviar, puede firmarme aquí las hojas de pedido y yo haré que les envíen las cápsulas lo antes posible.

—¿Cuánto tardarán?

—Estarán aquí mañana; teníamos todo un lote a punto y empacado en la base aérea de *Kenitra*, en Marruecos.

—Marruecos... —pronunció Martínez.

—Sí ¿Conoce Kenitra?

—No, pero estuve en Marruecos a finales de los cuarenta; en el Marruecos español, se entiende.

El mayor norteamericano sonrió, mientras ordenaba algunos papeles y elegía otros, que tendió a su colega español.

—Yo nací muy cerca, en la Argelia francesa; en cambio, mi padre también conoció el Marruecos español.

—¿Su padre?

—Así es. Mi madre es argelina, *pied noire*, hija de colonos franceses, y mi padre llegó después de la guerra, la conoció y se quedó allí con ella.

—Malos tiempos aquellos..., o buenos, depende cómo se mire.

Martínez cogió la estilográfica y firmó unos cuantos impresos, devolviéndolos al otro.

—Efectivamente, depende de cómo se mire. A mi padre no le fue tan mal; tenía un buen empleo en Argel cuando yo era un muchacho, aunque también me ha contado que pasó muy malos ratos, y precisamente por culpa de ustedes, los españoles.

—¿Por culpa nuestra? —rió Martínez, distendido una vez cerciorado de que su gestión no iba a verse obstaculizada por una burocracia que, en el seno de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, no parecía existir.

—Sí, con ustedes, y no sin motivos; mi padre pasaba contrabando y trabajaba para una compañía francesa..., *Air Touareg* creo que se llamaba.

Hubo un destello en la mente de Martínez, y el maduro militar español luchó por enfocar el aquel tiempo pasado, a la vez que pugnaba por conservar en su rostro una aparente frialdad.

—*Air Touareg*. Oí hablar de ella, ¿en qué año fue?

La pregunta pareció desatar bellos recuerdos en el mayor norteamericano, porque comenzó a rememorar, con las evidentes lagunas de una historia contada de segunda mano, todas las peripecias de un joven piloto llamado Howard Lawson.

La primera ola de recuerdos viajó, desde el fondo de un túnel de tres décadas, hasta la mente de Martínez y, conforme el otro avanzaba en el relato, sintió que se ponía tenso, a la vez que, tan sólo con su muda expresión, instaba a Lawson a seguir contando las cosas tal y como su padre se las había relatado.

Apareció Bachir en la historia; los viajes a Beni Tusin y, luego, él mismo en forma de agresivo piloto español montado en un caza pintado de verde. Nombró a Tetuán, y el intento sofisticado de introducir gasolina oculta en el ala superior de un biplano, lo que confirmó a Martínez que Peñafiel no anduvo equivocado en sus sospechas, a pesar de que el asunto acabara costándole la carrera.

El Heinkel He-112B vino después, y el relato del encuentro sobre Taza se desarrolló como si hubiese sido filmado por otra cámara distinta a la de su memoria, lo que realmente era.

A aquellas alturas, Rafael Martínez no podía disimular ya su excitación, y el mayor Lawson acabó una frase mirándole con curiosidad.

—..., y le derribó a tiros con su revólver.

El teniente coronel español estaba inmóvil, aunque sus ojos brillaban, perdidos en la nada, y su mente temió por un saltito sincopado de su corazón gastado; pero las comisuras de sus labios acabaron por abrirse en una sonrisa lejana.

—¿Le ocurre algo? —preguntó el americano y, ante la negativa lenta del otro, le alargó un paquete de cigarrillos— ¿Fuma?

—No, gracias, me han obligado a dejarlo; oiga, mayor...

—¿Qué?

—¿Qué fue del llamado Bachir, lo sabe?

—¿Bachir? —pareció divertido—. Le conozco; le conocía, mejor dicho. Murió estando yo destinado en Kenitra, allá por el año..., setenta y dos, creo ¡Menudo tipo aquel Bachir! Después de la independencia de su país, llegó a desempeñar un alto cargo en el Ministerio de Transportes marroquí.

—¿Transportes...? Ah, claro, era lo suyo.

Martínez se puso en pie, aunque le temblaban un poco las piernas, y enderezó su figura, que ya empezaba a redondearse junto al cinturón. El norteamericano, respetuoso, le imitó, cerniendo su cabeza casi medio metro más arriba que la del español.

—Bien, mayor Lawson: muchas gracias de nuevo por todo ¿Cuándo estarán aquí?

—¿Los paracaídas? Mañana mismo, como le dije, llegarán en un *Starlifter* en el vuelo de la tarde.

—Estupendo, estupendo...

Se estrecharon las manos, y Martínez dejó que el otro le abriera la puerta del despacho, pero no salió.

—Oiga...

—Dígame.

—Cuando conoció a Bachir..., ¿no le habló él de una hija suya? Se llamaba, se llama —rectificó al punto— Zahra.

—Pues... —el otro pareció rebuscar en su mente y luego negó con la cabeza—. No, creo que no. Lo siento ¿Por qué, la conocía?

—Es igual, no tiene importancia.

—Le veo muy interesado, teniente coronel Martínez..., ¿quiere usted que arregle una entrevista con mi padre? Mi madre y él vienen a veranear cada dos o tres años a Canarias y al Norte de África...

Canarias y Norte de África; aquellos americanos... Seguro que, para ellos, dejarse caer por Madrid en su viaje de regreso, sería como desviarse en una esquina para comprar el periódico.

—No, no es necesario. Bueno... —dudó por no mostrarse descortés—, si alguna vez vienen expresamente a Madrid... —se quedó callado un instante y, en su mente plena de recuerdos, el eco olvidado del motor del Heinkel ronroneó suave; después, sonrió—, dígale a su padre, solamente, que ha conocido al piloto español que le derribó en Taza.

—¿Cómo? —temió no haber entendido bien— ¿Es posible que usted...? —el mayor americano se mostró perplejo.

—Sí, eso mismo; al que él consiguió derribar después, a tiros con su pistola... —volvió a sonreír, moviendo la cabeza—. Siempre pensé que era un francés; pero, ahora, no me extraña que un *yankee* medio *cowboy* tuviera tan buena puntería. Adiós, mayor Lawson.

Martínez se caló la gorra y, después de estrechar la mano otra vez al extrañado piloto americano, echó a andar a lo largo del pasillo.

Ernie B. Lawson sacudió la cabeza, cerró la puerta y volvió a su escritorio, pensando en pedir una conferencia con los Estados Unidos; estaba seguro de que su padre se

iba a llevar una grata sorpresa cuando le contara su encuentro con aquel militar español.

GERONA, JUNIO 1981

MELILLA, OCTUBRE 1992

F I N

En 1947, en el aeródromo de Tauima, cerca de Melilla, el material de vuelo se va volviendo obsoleto, agotado el remanente de la guerra civil. En la Argelia francesa, las empresas postales recurren a la aviación para enlazar la costa norte con las remotas soledades del interior sahariano, usando excedentes bélicos y pilotos veteranos en paro.

***Cita en el aire*, cuenta la historia del encuentro repetido de un piloto español y uno norteamericano que vuela para *Air Touareg*, nombre bajo el que se oculta una perfecta red de contrabando**

Westland *Lysander*

FIAT CR-32

SNCA *Mehari*

Heinkel HE-112 B

EL CAMINANTE

Publicación autorizada por el autor 21dic2010